

TERAPEUTICA QUIRURGICA.

Epistaxis.

Se da este nombre á todo escurrimiento de la sangre por las narices, sea cual fuere la causa.

La demasiada frecuencia de las hemorragias en la membrana olfativa, se puede explicar por su gran vascularidad, sus papilas semi-eréctiles y la falta de epitelium en la porción que cubre la bóveda de las fosas nasales. Además, la débil resistencia de los capilares de la mucosa nasal, explica la fácil rotura de estos vasos y la mayor frecuencia de estas hemorragias que de otras muchas. Influye mucho, también, la diátesis hemorrágica, así como cierta predisposición que existe en algunos individuos.

Esta enfermedad se produce de dos maneras distintas: ó por una verdadera rotura de algunos de los numerosos vasos que entran en la composición de la membrana, ó por una exhalación de la sangre á través de sus paredes. A las epistaxis del primer género se pueden referir todas aquellas que provienen de golpes, caídas, operaciones quirúrgicas, etc.; á las del segundo, pertenecen las que aparecen repentinamente bajo la influencia de una larga insolación, principalmente en las estaciones calurosas del año, ó de fuertes cefalalgias, ó de ejercicios excesivos, ó de una carrera prolongada, ó en fin, hay algunas epistaxis que señalan el principio, la marcha ó terminación de muchas enfermedades más ó menos graves. Estas últimas se llaman sintomáticas, y las primeras: directas é idiopáticas.

Se han dividido también las hemorragias nasales en activas y pasivas, según que la sangre se produzca por una acción vital, ó por una verdadera relajación de los tejidos de la nariz, como pasa en las personas debilitadas por otras hemorragias, por la púrpura, escorbuto, ó alguna otra enfermedad crónica.

Estas distinciones son interesantes en la práctica, porque señalan el camino que debe seguirse en algunos casos.

Puede decirse que casi siempre la epistaxis activa se repite en épocas irregulares, y su frecuencia está sujeta á la causa que la pro-

duce; otras veces aparece regularmente, y viene á reemplazar una hemorragia suprimida, como la hemorroidal ó la catamenial. Cuando es traumática, se prolonga muy raras veces, á menos que sobrevenga en un individuo hemófilo.

La epistaxis se anuncia muchas veces con signos de una afección cerebral, como cefalalgia, vértigos, ruidos de oídos, sequedad de la mucosa nasal, rubicundez de la piel, fuertes latidos de las arterias temporales, calosfríos y decaimiento. Si en estos momentos aparece la sangre, el enfermo se alivia. En esta forma, es sintomática de varias enfermedades agudas, como fiebres inflamatorias y un gran número de flemasias membranosas y parenquimatosas. En estos casos, la epistaxis es saludable, y más bien debe respetarse, supuesto que el enfermo siente mejoría y alivio con ella; pero se deberá intervenir tan luego como se note que la cantidad de sangre vertida es bastante. Entonces se colocará al enfermo en lugar fresco, la cabeza elevada; á la frente y sienes se colocarán compresas mojadas en agua fría ó helada, se pondrán en los piés cataplasmas calientes ó sinapismos, etc., etc.

Para prevenir las epistaxis pasivas, se deben usar aquellos medios adecuados á la naturaleza del mal que las produce. Así es que se dirigirá muchas veces el tratamiento al escorbuto; otras, á combatir una constitución débil y deteriorada, por los analépticos, tónicos, ferruginos, etc., etc., y así con las demás enfermedades que ocasionen las hemorragias pasivas nasales; y cuando no dan resultado los medios empleados para combatir las, se recurrirá al taponamiento.

Esta enfermedad tiene una marcha muy irregular: aparece todas las semanas ó épocas más lejanas, todos los días ó varias veces en las veinticuatro horas. Afecta otras ocasiones la forma intermitente y viene en ciertas épocas del año.

El pronóstico depende del estado general del enfermo, de la causa que la ha producido y de la cantidad de sangre perdida, si proviene de una causa general ó solamente local. En el sarampión ó la fiebre tifoidea, se presenta muchas veces como complicación séria. Se deberá indagar también si es sintomática de una afección renal, cardíaca ó hepática, ó si es suplementaria de alguna hemorragia suprimida.

En esta localidad, donde ejerzo hace muchos años, es muy fre-

cuente esta enfermedad, y principalmente en los meses de Marzo, Abril y Mayo. Durante los primeros años de mi práctica, aplicaba yo á estos enfermos todos los medios que aconseja la ciencia, y las más veces tenía que recurrir al taponamiento, que me daba siempre resultados felices; pero como el taponamiento es una operación imponente para el enfermo y para las familias, conviene evitarla lo más posible, haciendo uso de todos los medios conocidos, y solamente que no den resultado, que la cantidad de sangre perdida sea muy considerable, ó que el enfermo esté muy debilitado, se recurrirá á ese medio como último recurso para contener esas hemorragias que en pocas horas se hacen peligrosas y comprometen seriamente la existencia.

Desde el año de 1890 he combatido con buen éxito todas las epistaxis que se me han presentado, sin ocurrir al taponamiento, y valiéndome solamente del método curativo que voy á exponer en las tres observaciones que he escogido, entre otras varias que tengo recogidas.

A las once de la mañana del día 14 de Abril de 1890, fuí llamado á una casa de esta población para recetar á un enfermo que acababa de llegar de una de las haciendas de este laborío. Por el interrogatorio que le hice, pude saber lo siguiente: Tenía 22 años de edad, casado, jornalero, originario y vecino de la hacienda de la Bolsa, distando como diez kilómetros de esta ciudad, robusto y de buena constitución.

Padeció por primera vez de intermitentes tercianas en el mes de Marzo de 1888, y se alivió, después de un mes, con tres ó cuatro tomas que le dieron de cocimiento de estafiate. Al siguiente año le repitieron las calenturas en la misma forma, y entonces le duraron como mes y medio, y sanó también con remedios caseros, siendo el principal de éstos, según dice, y el que le dió mejor resultado, un cocimiento de café con dos cucharadas de ácido de limón para cada una de las tres tomas al día: en ayunas, á las once y al acostarse. En este año (1890) le aparecieron sus tercianas el día 8 de Marzo, y el día 14 era ya el cuarto acceso, que comenzó á la una de la mañana. A las siete, le principió la epistaxis por el lado derecho, y era tan abundante, que dos veces en el camino tuvo desvanecimientos que le privaban casi por completo del conocimiento. La palidez de su semblante indicaba la considerable cantidad de

sangre perdida, y todavía seguía saliendo este líquido gota á gota, pero sin interrupción. Receté lo siguiente: Agua, 150 gramos. Extracto de comelina tuberosa, 4 gramos. Solución. Extracto de comelina tuberosa, 1 gramo para 10 píldoras, para tomar una cada dos horas.

Con una pequeña jeringa de vidrio, apliqué unas cinco inyecciones de la solución en la nariz enferma, tomé después un manojito de hilas de género de algodón, lo torcí y doblé á la mitad, luego lo impregné bien del líquido de la solución y lo introduje en la nariz enferma, por un movimiento de torción dirigido suavemente de arriba abajo y de adelante atrás; sin hacer gran violencia para su introducción. La hemorragia comenzó á ceder, y media hora después había terminado completamente. A las treinta horas apliqué á la nariz varias inyecciones de la misma solución, hasta que se pudieron extraer, sin violencia, las hilas colocadas la víspera, y después lavé la fosa nasal con otras tres ó cuatro inyecciones de la solución. No volvió á producirse la hemorragia. Las píldoras de comelina habían terminado ya, y entonces seguí combatiendo las intermitentes por las sales de quinina. Después se le siguieron administrando tónicos y analépticos, y diez días después volvió á su casa, sano ya de su epistaxis y de sus intermitentes.

El día 20 de Mayo de 1892, fuí á visitar una enfermita de 10 años de edad, que tenía púrpura hemorrágica, acompañada de su correspondiente epistaxis. Combatí esta última enfermedad, como la anterior, y conseguí el mismo resultado; solamente que en lugar de las píldoras le prescribí una cucharada cada dos horas de la poción siguiente: Cocimiento de crameria, 120 gramos. Extracto de comelina 2 gramos y jarabé comun 20 gramos. El tratamiento para la enfermedad principal, la púrpura, tardó bastante tiempo; pero la hemorragia nasal no le volvió ya.

El día 24 de Junio de 1894, ví á un individuo, de 30 años de edad, casado, agricultor, y de buena constitución. Había padecido varias veces de epistaxis, que le venía á consecuencia de insolaciones, según me dijo. Ese día tenía una fuerte hemorragia nasal por una caída que recibió de un caballo, golpeándose la cara y principalmente las narices, fracturándose uno de los huesos propios de este órgano. Prescribí la solución de comelina en la porción de tres gramos de extracto para 150 de agua. Para las píldoras, 2 gramos

del mismo extracto en 15 píldoras, una cada dos horas. No fué necesario introducir en la nariz las hilas impregnadas en la solución, pues fué suficiente la aplicación de varios jeringatorios de la solución, para contener la hemorragia, que á la media hora de las inyecciones había cesado por completo.

Yo desearía que algunos de los compañeros que forman la ilustrada Academia de Medicina, siguieran estudiando las propiedades hemostáticas de la comelina, para dar así á las observaciones que presento, el verdadero valor que merezcan.

En el tomo segundo de la *Gaceta Médica* aparece un trabajo presentado á la Academia de Medicina el 21 de Febrero de 1866, por el Sr. Dr. Tourainne, y que se ocupa de la hierba del pollo. Este laborioso Doctor refiere las varias aplicaciones que hizo con esta planta, en el hombre y en el conejo, y concluye haciendo elogios de ella como hemostática y suplicando á los inteligentes químicos que pertenecen á la Academia, analicen este vegetal importante. Asegura este señor, como resultado de sus observaciones, que la yerba del pollo provoca en el organismo las contracciones del sistema vascular, y por ese motivo se contienen las hemorragias.

Corre impreso en el tomo tercero del citado periódico, un interesante trabajo que presentaron á la misma Corporación los sabios profesores Sres. Alfonso Herrera y Gumesindo Mendoza. En él hacen la descripción botánica de la *comelina tuberosa*, analizan sus componentes químicos y hablan de sus propiedades hemostáticas. Dicen que todo hemostático obra en el organismo de una de estas dos maneras, ó coagulando la sangre á su salida de los vasos, ó produciendo contracciones en éstos, y que la yerba del pollo obra de este último modo. Esta opinión está conforme con la del Sr. Tourainne.

Al hacer la historia de la hierba del pollo, dicen estos señores, que fué conocida desde el tiempo de los Aztecas, según Hernández; que los médicos indios la aplicaban contra las fiebres, punzadas de cabeza, dolores agudos de las piernas, tumores, y lo más notable: *contra los flujos de sangre*. Sin embargo, fué olvidada por más de tres siglos. Después el padre Alzate volvió á hablar de ella, recordando la propiedad que tiene para contener la sangre en las heridas. Fueron inútiles los esfuerzos de Alzate, porque volvió

á quedar abandonada esta planta, hasta el año de 1863 que los Sres. Mendoza y Herrera hicieron una verdadera exhumación de este vegetal, que estaba ya enteramente olvidado.

Al trabajo de los expresados profesores siguen publicadas muchas observaciones recogidas por los ilustrados Doctores, Sres. Jiménez, D. Miguel y D. Lauro, D. Angel Iglesias, D. Manuel S. Soriano y D. José Olvera. Todos estos señores están conformes en las propiedades hemostáticas de la comelina.

Siguiendo con empeño el estudio de esta planta, tal vez dentro de poco tiempo llegue á tomar el lugar que merece entre los poderosos hemostáticos.

Valle de Santiago, Abril 13 de 1898.

ANDRÉS ORTEGA.
Socio Correspondiente.

VETERINARIA.

Enfermedades parasitarias de la piel.—Sarna folicular de los animales domésticos y con especialidad del perro.

Señores Académicos:

La higiene pública es hoy día, y con justicia, una de las cosas que preocupan la atención general, no sólo de los adeptos á las ciencias médicas, no sólo de las autoridades, sino también del público en general.

Señalar á los profanos las reglas que en todos sentidos deben observarse para conseguir un efecto tan importante, es un deber de todos los que tenemos un título profesional médico, sea cual fuere la rama á que pertenezca, pues todas están en la línea de higiene pública ligadas estrechamente.

Por eso es que en mi turno de lectura anterior me ocupaba del estudio de una enfermedad que el perro padece, y que siendo éste animal uno de los que más trato tienen con la especie humana, es por lo mismo el más susceptible de transmitirle sus enfermedades.